

CAPITULO VII.

Gobierno de Abderrahman.—Insurrecciones de Yussuf y sus hijos.—Triunfos de Abderrahman.—Expediciones mandadas contra él por el califa de Bagdad.—Nuevos triunfos y nuevas perturbaciones.

DESDE que puso el pié en España el último descendiente de los Omníadas, tuvo ya que luchar con obstáculos y dificultades.

El inquieto Yussuf el Fehri, á quien hemos visto aprestarse para hacerle una guerra á todo trance, despues de encargar á su hijo que se resistiese en Córdoba marchó á reunir sus partidarios, ayudado por Samail, el walf de Zaragoza, suplantado por Thueba en el cargo de emir, creyendo cosa fácil y hacendera vencer á un competidor de tan poca edad y á quien juzgaban sin experiencia alguna.

Pronto les demostró este su error. El hijo de Yussuf, que, tan arrogante como su padre, se atrevió á salirle al encuentro, fue derrotado y tuvo á gran fortuna poder refugiarse de nuevo en Córdoba, frente á la cual sentó en breve sus reales Abderrahman, aprestándose á tomarla.

En este intermedio Yussuf y Samail habian levantado ejércitos en las comarcas, central y oriental de la Península, y confiados en la superioridad del número y en la falta de capacidad que suponían en el omníada, no vacilaron en dirigirse á Córdoba en busca de este, que no les esperó tranquilo, sino que, dejando para sitiar la ciudad las tropas necesarias, marchó con las restantes, consistentes en diez mil ginetes, á medir con ellos sus fuerzas.

Encontrólos en *Ibius Alumecep* (castillo de los cerros, hoy Almuñecar) y fue tal el ímpetu de su acometida que, no obstante su inferioridad, les causó un espantoso desastre, á consecuencia del cual Yussuf se retiró precipitadamente á la Lusitania, Samail á Murcia, y el hijo de aquel, sabedor de la derrota, evacuó á Córdoba y marchóse á Mérida con toda presteza.

Libres de enemigos los cordobeses, se apresuraron á abrir las puertas de la ciudad á Abderrahman que entró triunfante en ella, y despues de dar algun descanso á sus tropas, dirigióse también á Mérida; pero con esta marcha dejó casi desguarnecida á Córdoba, y el audaz Yussuf, aprovechándose de que no estaba en estado de resistirle, se apoderó de ella.

Sabedor de este hecho, Abderrahman regresa apresuradamente, pero antes de su llegada habíase retirado ya el rebelde caudillo, y marchado á unirse con Samail que de nuevo juntaba fuerzas en Murcia. Unidos segunda vez ambos dirigiéronse á Elvira, y siguiéndolos aquel de cerca les dió alcance y derrotó nuevamente en Almuñecar el año 756.

Retirados ambos á Elvira, donde se disponían á la defensa, intentó Samail en vista de que la fortuna parecía haberse puesto decididamente de parte de su adversario, venir á un acuerdo con este y al objeto hizo varias gestiones, acogidas favorablemente por Abderrahman, que conocía que sus pueblos estaban hambrientos de paz y de tranquilidad. El resultado de esto fue el llegar á una avenencia, si bien no muy á gusto de Yussuf, por la cual concedió aquel un perdon completo y general, en cambio de la entrega que este le hizo de las fortalezas de Elvira y la Alpujarra; y queriendo recompensar á Samail por la gran parte que en la reconciliación habia tenido, le nombró gobernador de la España oriental.

Conseguida al menos momentáneamente la pacificación del país, consagróse Abderrahman á visitar algunas de sus principales ciudades, mereciendo especial mención el pomposo recibimiento que halló en Mérida, donde recibió comisionados de las poblaciones comarcanas que iban á felicitarle.

Cortó el discurso de sus viajes la aproximación del albramiento de su esposa Howara, que al poco tiempo de regresar á Córdoba, dióle efectivamente un hijo. Decidido á hacer de esta ciudad su habitual residencia y corte, se dedicó á hermosearla y en ella plantó por su propia mano una palma, donde ochocientos años antes plantara también César por sí mismo un plátano. Con este motivo compuso la siguiente poesía, traducida por Condé, que prueba lo hermoso y tierno de su corazón:

«Tú también, insigne palma, eres aquí forastera;
«De Algarve, las dulces auras, tu pompa halagan y besan.
«En fecundo suelo arraigas, y al cielo tu cima elevas,
«Tristes lágrimas lloraras, si cual yo sentir pudieras;
«Tú no sientes contratiempo, como yo, de suerte aviesa:
«A mí, de pena y dolor, continuas lluvias me anegan
«Con mis lágrimas regué, las palmas que el *Forat* (1) riega;
«Pero las palmas y el río, se olvidaron de mis penas,
«Cuando mis infaustos hados, y de Alabas la fiereza
«Me forzaron á dejar, del alma las dulces prendas.
«A tí de mi patria amada, ningún recuerdo te queda:
«Pero yo triste, no puedo dejar de llorar por ella.»

Quando Abderrahman empezaba á reorganizar el país: cuando para formar una corte brillante habia hecho llamar á todos los que, tachados de partidarios de los omníadas, andaban fugitivos y perseguidos tanto en Asia como en Africa, recompensándolos ampliamente y nombrando *cadí* de los *cadíes*, (magistrado supremo del reino) á *Moavia ben Salehi*, que habia sido el encargado de invitarles á venir á la Península, nuevos disturbios y complicaciones nuevas le impidieron llevar adelante sus proyectos.

No escarmentado Yussuf con sus anteriores reveses ni vencido

(1) Eufrates.

por la generosidad del omníada, alzóse de nuevo contra él, y se proclamó emir legítimo de España. A sujetarle marchó el walf de Sevilla Abdelmelek ben Umar, llamado por otros Marsilio, y tan bien desempeñó su cometido que no solo le arrancó las plazas que en su poder habian caído, sino que encontrándole cerca de Larca, le derrotó completamente, perdiendo el mismo la vida en la refriega.

Desoando Abderrahman ver si con la intimidación lograba poner al país en paz, hizo cortar la cabeza al cadáver de Yussuf y clavarla en una de las puertas de Córdoba; pero ni con la fuerza ni con la clemencia consiguió su deseo.

Habia dejado el rebelde emir tres hijos, Abderrahman, Abul Asnad y Cassim, de ánimo tan inquieto y tenaz como su padre, y que á despecho del desgraciado fin de este, se empeñaron en proseguir su obra de perturbación, consiguiendo solamente causar nuevas víctimas, males al país, sucumbir ellos en la demanda y arrastrar en su pérdida á Samail, que vivía en Sigüenza, y que inspirando recelos á Abderrahman le hizo encarcelar, y murió en un calabozo.

Pero todo lo pasado era aun nada en comparación de lo que habia de venir. El califa Almansur, sucesor de Abul Abbas, no perdonando á Abderrahman el pertenecer á la odiada raza de los omníadas, ni el haberle privado del emirato de España, envió á esta con un ejército á Alí ben Mogueitz, walf de Cairvan, capital del emirato de Africa, el cual, desembarcando en Andalucía, empezó á soliviantar el país y exhortarle á alzarse en armas contra Abderrahman el *Adaghel* (intruso), y en favor de su señor el único soberano legítimo.

Con esto tomó mayor incremento la insurrección y los partidarios de los abassidas llegaron á formar un ejército considerable; pero una vez mas se probó que no el número, sino el valor y la pericia, son los que alcanzan el triunfo. Marchó Abderrahman á su encuentro, y halládoles cerca de Sevilla les causó tan sangrienta derrota, que siete mil quedaron en el campo, sin que el mismo Alí, que los comandaba lograra escapar con vida.

Era tal la irritación de que se hallaba poseído Abderrahman que, á pesar de sus humanitarios sentimientos, le hizo cortar la cabeza y despedazarle, y le trasladó ocultamente á Cairvan, donde una mañana apareció en un poste colocado en medio de la plaza pública, con un letrero que decia: *Castigo que da Abderrahman ben Moavia ben Omeya á los temerarios como Alí ben Mogueitz walf de Cairvan.* Al tener noticia de este suceso exclamó Almansur: *Este hombre es el mismo Eblis (diablo); ¡Loado sea Allah que ha puesto un mar entre ambos!*

Un hado á la par favorable y adverso parecía presidir los destinos de Abderrahman: apenas sofocada una insurrección nacía otra y los triunfos que obtenía no evitaban el que surgiera una tercera. Acabado de vencer Alí, levantóse Hixem ben Adra, también en favor de los abassidas, y despues de apoderarse por un golpe de mano de Sevilla y saquearla, se retiró á Medina Sidonia, con noticia de la aproximación de Abdelmelek ben Omar, que capitaneaba las tropas leales.

Sitió este la ciudad tan estrechamente, que en breve no quedó á Hixem otro camino que entregarse ó abrirse paso por medio de las armas, y prefiriendo esto último, no obstante su avanzada edad hizo de noche una doble salida merced á la cual lograron escapar muchos y reunirse en la cercanía de Ronda con los dispersos del ejército de Alí. Pero él tuvo la desgracia de caer del caballo, y fue cogido por los soldados de Abdelmelek, quien inmediatamente le hizo cortar la cabeza y llevarla á Abderrahman en señal de triunfo.

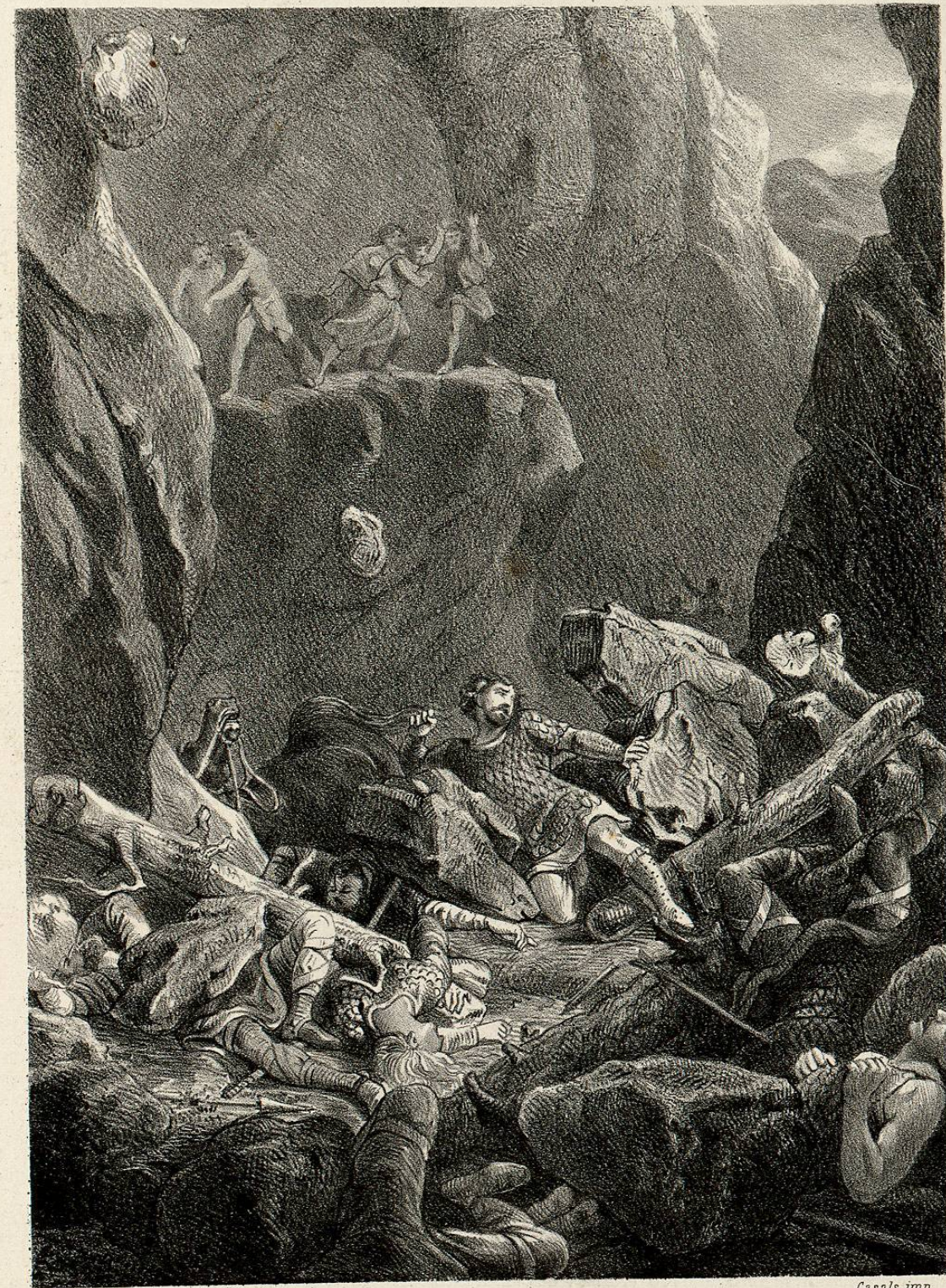
Ni aun con esto cesaron las revueltas: semejantes á la mitológica hidra cuyas cabezas al ser cortadas renacían y se multiplicaban, cada vez que una era dominada, otra mayor aun trastornaba el reino.

El encargado esta vez de encender la guerra fue el fatimita Abdel-Gaffir, walf de *Meknasah* (Mequinez), llamado para ponerse al frente de los refugiados en la serranía de Ronda por ellos mismos, y que á despecho de las precauciones tomadas por Abderrahman para evitarlo, desembarcó en Almuñecar y unido á los rebeldes comenzó á hacer una guerra de pillaje y saqueo por los territorios mas próximos á la montaña.

Con este motivo Ased el Sehebani, walf de Elvira, empezó á construir en Garnathah (Granada) el castillo que se llamó la Alcazaba, y que no pudo terminar porque murió en una batalla que ganó á los insurrectos. Por entonces cansado Abderrahman de que el sitio de Toledo emprendido hacia tres años, aun no se hubiera terminado envió allá al inteligente Teman ben Alkama, quien en breve obligó á rendirse á los toledanos, pero fugándose antes á nado Cassim.

Una nueva expedición á las órdenes de Abdallah ben Abib, mandada por los walfes de Africa en apoyo de los rebeldes, desembarcó en Cataluña, pero fue derrotado y muerto su jefe por el walf de Tortosa; sin embargo los restos de ella corriéndose al Mediodía, aumentaron el número, y la audacia de los soldados de Abdel-Gaffir, quien decidió avanzar hacia Sevilla, á pesar de tener noticia de que Abdelmelek le salía al encuentro.

Por este tiempo fallecía en Asturias el rey Fruela I.



Serra di Sibylla.

Casals imp.

DERROTA DE LOS FRANCOOS EN RONCESVALLES.

CAPITULO VIII.

Derrota de Abdelmelek en Alxarafe. — Toman la revancha sus tropas en Sevilla. — Dirige Abderrahman en persona las operaciones. — Batalla de Ecija y muerte de Abdel-Gaffir. — Periodo de paz. — Rebelion del wali de Zaragoza. — Roncesvalles. — Nuevos disturbios. — Su apaciguamiento.

AVANZABA, segun en el capítulo anterior hemos dicho, el bravo Abdelmelek en busca de los rebeldes, y cuéntase que, habiendo mandado al frente de unos exploradores á uno de sus hijos, jóven inesperto y de espíritu apocado, y atacado este por la caballería enemiga, huyó apresuradamente hácia el punto donde se hallaba su padre, quien poseído de indignación, exclamó: *Tú no eres hijo mio; no eres un Meruan; muere, cobarde*, y ciego de ira le atravesó con su propia lanza.

Al día siguiente de este suceso atacó Abdelmelek á los rebeldes, parapetados en Alxarafe (San Juan de Alfarche); pero como escondidos estos en las casas de la poblacion podian hostilizar impunemente á sus adversarios, tuvieron estos que retroceder sufriendo una pérdida considerable, y quedando herido de bastante gravedad el valeroso wali.

Entre tanto, y ya con la noticia de que Ayub-ben-Salen se hallaba dispuesto á alzarse en su favor, habíase dirigido hácia Sevilla una parte de los insurrectos, cuya presencia animó á Ayub, que abriéndoles las puertas se declaró abiertamente contra Abderrahman, y entrando aquella desordenada soldadesca comenzó á robar y saquear por todas partes. Afortunadamente su castigo no se retardó mucho tiempo. Los ginetes de Abdelmelek, que despues de la jornada de Alxarafe se habian dirigido á Sevilla, llegaron al anocheecer, y ansiando vengar su desastre penetraron en ella y acometieron con furioso ímpetu á los saqueadores.

Toda la noche se pasó combatiendo; pero á la mañana siguiente los secuaces de Abdel-Gaffir no tuvieron mas remedio que abandonar la poblacion y retirarse á Cazalla.

Viendo las cosas en este estado, decidió Abderrahman dirigir por sí mismo la guerra, y puesto al frente de los zenetas y de tropas que en Mérida habian sido reclutadas, tomó tales disposiciones y se condujo de manera que, cuando Gaffir, tras de haber atravesado el Guadalquivir se disponia á penetrar de nuevo en la sierra, le atacó con tal bravura y decision en las alturas de Ecija, que casi toda su gente pereció en la refriega, y él mismo cayó atravesado por la lanza de Abdel-Salem, que le cortó la cabeza. Tal fue el fin que tuvo el audaz y porfiado wali de Mequinez.

Aleccionado Abderrahman por la experiencia, á la par que publicó un indulto general y completo, tomó disposiciones para la pronta represion y castigo de los contumaces, y envió á diferentes ciudades las cabezas de Abdel-Gaffir y otros varios de los principales insurrectos con objeto de que sirvieran de aviso y de escarmiento á los que intentaran turbar la paz en lo sucesivo.

Despues de la batalla de Ecija se dirigió á Sevilla con objeto de visitar al valiente Abdelmelek, postrado en cama bajo el doble peso de sus heridas y de la desesperacion que le produjo la muerte que en un momento de ceguedad habia dado á su hijo: comprendiendo con su exquisito tacto lo doloroso que debía ser para el wali la permanencia en la tierra donde este suceso habia acaecido, y queriendo por otra parte recompensarle por sus servicios, le dió el gobierno de la España oriental y nombróle wali de Zaragoza.

Por fin, al cabo de tantos desórdenes y trastornos, y de derramarse en cantidad considerable la sangre musulmana, pudo Abderrahman dedicarse á la reorganizacion del país, harto desorganizado y debilitado con las anteriores contiendas.

Comprendiendo que mientras no pudiera reprimir y castigar con mano fuerte las incursiones y piraterías de los walis de Africa, no llegaría á disfrutar nunca de una paz completa y absoluta, de las primeras providencias que tomó fue una la de nombrar *emir-al-má* (almirante) á Teman ben Alkama, quien con su celo y actividad acostumbradas pronto hizo construir multitud de naves, que armadas y equipadas convenientemente pudieran reprimir en el instante cualquier tentativa de los africanos.

Un largo período de tranquilidad hubiera dado tiempo á Abderrahman para plantear todas las mejoras que proyectaba y descansar de las pasadas fatigas, y á sus pueblos de reponerse de los descalabros sufridos; pero parecia ser destino de uno y otros estar continuamente luchando y padeciendo.

Ya, cuando aun era wali de Zaragoza Abdelmelek habíase tramado una conspiracion por Ibussein el Abdari, que habia ocupado anteriormente su puesto, pero fue descubierta y decapitado este, con cuya rápida ejecucion se quitó á los perturbadores las ganas de promover conflictos.

Pero sin saber cómo, por qué, ni en qué época, pues las crónicas, tanto árabes como cristianas guardan sobre esto el mas absoluto silencio, dejó de ser wali de Zaragoza Abdelmelek, y fue nombrado Suleiman-ben-Alarabi, que ya lo habia sido de Barcelona. Con el nombramiento de este empezaron de nuevo los desórdenes.

Tenia en Zaragoza gran partido la familia de los Abasidas, y no menor era el de los que deseaban emanciparse. A estos se inclinó Suleiman, á pesar de las pruebas de lealtad que en otro tiempo habia dado á Abderrahman, y proclamóse emir independiente de la España oriental, encendiendo así de nuevo la aun humeante tea de la guerra civil.

Pero hartó comprendió que por sí solo le sería imposible vencer á su legítimo señor, y en consecuencia, decidió pedir auxilio al rey

de los francos, Carlos, llamado despues Carlomagno, y que, como quiera que ya su padre, Pepino el Breve, á favor de las luchas intestinas de los árabes les habia arrancado todas sus posesiones de la Galia, inclusa Narbona, dirigió sus armas á la frontera del Norte contra sajones y lombardos, sometiendo á unos y á otros.

A la sazón, en 777, habíanse sublevado nuevamente los primeros, pero su movimiento fue reprimido, y Carlomagno, no contento con castigarlos y obligarlos á aceptar el Cristianismo, les emplazó ante la dieta de Paderbon, que él mismo presidia, y en ella se hallaba cuando se le presentaron el mismo Suleiman, Cassim, el hijo de Yussuf, fugado de Toledo y algunos otros á pedirle que les ayudara contra Abderrahman.

Accedió este á su peticion, bien por las ciudades que en cambio debieron ofrecerle, bien porque entrara en sus ultimos proyectos, y á consecuencia de ello marchó con un poderoso ejército hácia el Mediodía, y atravesó los Pirineos sin ser molestado por los indomables vascos.

Prosiguió hasta Pamplona, cuyos muros desmanteló con toda felicidad; mas al llegar á Zaragoza, donde creia, en virtud de las promesas de Suleiman, poder entrar sin obstáculo alguno, hallóse con que las puertas estaban cerradas y toda la ciudad puesta en actitud de defensa. Los rebeldes habian mirado como hocornoso y de gran peligro el admitir la ayuda de extranjeros cristianos contra los que, á pesar de todo, eran hermanos suyos y de la misma religion.

Su ejemplo fue seguido por todos los walis y gobernadores comarcas, y en breve vió Carlomagno alzarse contra él todo el país en que se hallaba, por lo cual tomó la resolucion, sino heróica, prudente, de volverse por donde habia venido, y así lo efectuó, en efecto, sin ser molestado hasta llegar á los mismos Pirineos, que con tanta felicidad habia franqueado al internarse en España.

Pero escrito estaba que nadie impunemente habia de salvar la formidable barrera trazada por la naturaleza en el Norte, de nuestra Península, y en ella se dejó el hijo de Pepino, juntamente con su fama, la mayor y mejor parte de sus guerreros.

Fue el caso, que los vascones, ó sospechando las intenciones de este, ó no llevando á bien que fuera á molestarles en sus guaridas, se posesionaron de las alturas de Altabiscar y de Ibañeta, y cuando el ejército franco se hallaba en los desfiladeros de Roncesvalles lanzáronse contra él con salvaje ímpetu, arrojándole al mismo tiempo por todas partes una lluvia de peñascos que aplastaban bajo su peso á los soldados de Carlomagno.

Entre tanto en Zaragoza ocurrían sucesos importantes. Ibussein-ben-Yahia, de la familia de los Abasidas, habia asesinado á Suleiman, á pretexto del llamamiento que este hizo á *Kasilah*, como llamaban los árabes á Carlomagno, y apoderándose de su lugar, desplegó un rigor tal contra los partidarios de aquel y los que permanecian fieles á Abderrahman, que unos y otros se vieron obligados á abandonar la ciudad y refugiarse en los Pirineos.

La noticia de que el negro estandarte abasida tremolaba en Zaragoza, conmovió tan profundamente á este, que inmediatamente reunió tropas, marchó á ponerla sitio, y aunque tardó dos años en tomarla, al fin Ibussein no tuvo mas remedio que rendirse, así como todas las demás poblaciones.

Pero aun no habia transcurrido un año, cuando Abul-Asñad, el hijo segundo de Yussuf, preso en Córdoba, y que fingiéndose ciego con una constancia admirable habia conseguido disminuir la vigilancia que con él se tenia, valiéndose de ello para escaparse, reunió á sus parciales y levantó de nuevo el estandarte de los Fehries contra el omniada en las sierras de Segura y Cazorla, á la par que su hermano Cassim, fugado de Zaragoza como de Toledo, acudió tambien gran número de rebeldes en la serranía de Ronda.

No menos de tres años y la eficaz cooperacion de todas las tribus fieles necesitó Abderrahman para sujetar á los indómitos hijos de Yussuf; pero al fin, logrando acorralarlos en los campos de Cazorla les atacó con energía y deshizo su hueste, que se vió obligada á desbandarse.

Tras este triunfo visitó Abderrahman varias ciudades de Extremadura y de Lusitania, y de ellas por Zamora, Astorga y Avila, conquistadas por Alfonso I; pero abandonadas despues, fué á Toledo y de allí á algunas otras poblaciones hasta Segura de la Sierra, siendo en todas calurosamente victoreado y aplaudido.

Entretanto, y á la par que Abul-Asñad, fugitivo, abandonado de los suyos y perseguido, tras de pasar grandes fatigas y tribulaciones sucumbia de miseria en Alarcon, su hermano Cassim, que aun intentaba reunirse con el resto de los que sobrevivieron al combate de Cazorla, era nuevamente batido y hecho prisionero por Abdallah, hijo de Abdelmelek-ben-Omar, y conducido á Córdoba, donde poco despues llegó Abderrahman. Prosternóse ante él Cassim, y pidióle gracia, dando con esto motivo á que manifestara una vez mas su magnanimidad, pues no solamente le perdonó, sino que le dió tierras para que pudiese vivir segun su rango y socorrer á sus parientes; rasgo que conmovió de tal modo al rebelde hijo de Yussuf, que con lágrimas en los ojos hizo juramento de ser desde entonces su mas celoso y leal vasallo.



ABDERRAHMAN ELJE POR SUCESOR Á SU HIJO HIXEM.